"Velad – Orad – Buscad a Dios tanto en lugares conocidos como desconocidos: en la oscuridad y en la quietud; en el movimiento y la migración; en la obra sanadora y transformadora del Espíritu; en el llanto de la Semana Santa y en la alegría de la mañana de Pascua".

Una reflexión para el Jueves Santo

El amor de Dios: inmerecido, incondicional y unificador Por Krisanne Vaillancourt Murphy

Escribir una reflexión para el Jueves Santo se siente como una tarea desalentadora; este día en nuestra tradición católica es tan multifacético.

Abundante en simbolismo y tradición sagrada, el Jueves Santo celebra la institución de la Eucaristía como el cuerpo y la sangre de Jesús. Es en este día que se bendice el aceite crismal utilizado en los sacramentos del bautismo, la confirmación y la unción de los enfermos. También marca el final de la limosna, el ayuno y la oración de la Cuaresma, y el comienzo del Triduo Pascual, cuando contemplamos la muerte y resurrección de Jesús por nuestros pecados y el plan de redención de Dios para el mundo.

De hecho, el Jueves Santo es uno de nuestros días más sagrados. Sin embargo, en este día, me siento más atraído a reflexionar sobre el regalo de Dios de amor inmerecido, incondicional y unificador.

Durante la Última Cena, Jesús demuestra este amor. El Evangelio dice que se levanta de la mesa, toma una toalla y se la ata a la cintura *(Jn 13,4).* Luego comienza a lavar los pies de sus discípulos, uno por uno. Sabemos que Jesús se humilló a sí mismo para compartir nuestra humanidad, pero en el lavatorio de los pies, una tarea típicamente reservada a los esclavos, Jesús actúa de manera más íntima y humillante que nunca; Un acto mucho más significativo que una simple muestra de bondad.

Contemplar la escena del lavado de pies no está completo sin considerar también su telón de fondo. Jesús sabe que Judas lo traicionará y que, en las próximas horas, cada uno de sus amigos más cercanos le fallará. Y así, Jesús no se sorprende cuando Pedro se niega por primera vez a que le laven los pies. Pedro está desconcertado, no está preparado para recibir este generoso acto de amor.

Los discípulos se sienten indignos del amor incondicional de Jesús, pero no les corresponde merecerlo. A pesar de sus carencias e insuficiencias, Jesús les da gratuitamente el don de su amor.

Es en esta cena, en presencia de sus compañeros más cercanos, que Jesús se ofrece a sí mismo como sacrificio de Pascua. "Este es mi cuerpo que es para ti. Haced esto en memoria mía... Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre. Haced esto todas las veces que lo bebáis, en memoria mía» *(1 Co 11, 24-25).* Jesús da su don más grande en el sacramento de la Eucaristía, un don que nos hace partícipes de su cuerpo y de su sangre, unidos para formar un solo cuerpo.

La gracia del Jueves Santo es saber que Dios nos abraza a pesar de nuestras debilidades e imperfecciones. Esta es una lección que necesito aprender de manera personal, pero el recordatorio es un consuelo constante en este trabajo para poner fin a la pena de muerte. Dios responde a nuestra fragilidad con amor, sin juicios ni exclusiones. El amor de Dios se nos da sin distinción. "Os he dado un modelo a seguir, para que como yo he hecho con vosotros, vosotros también hagáis *(Jn 13,15*)".

En este primer día del Triduo, reconocemos el don infalible de Dios de amor inmerecido, incondicional y unificador por nosotros. Este amor tiene el poder de envalentonar cada corazón humano y nos llama a hacer lo mismo. Pidamos la gracia de responder a la llamada de Dios a amarnos los unos a los otros como corresponde.